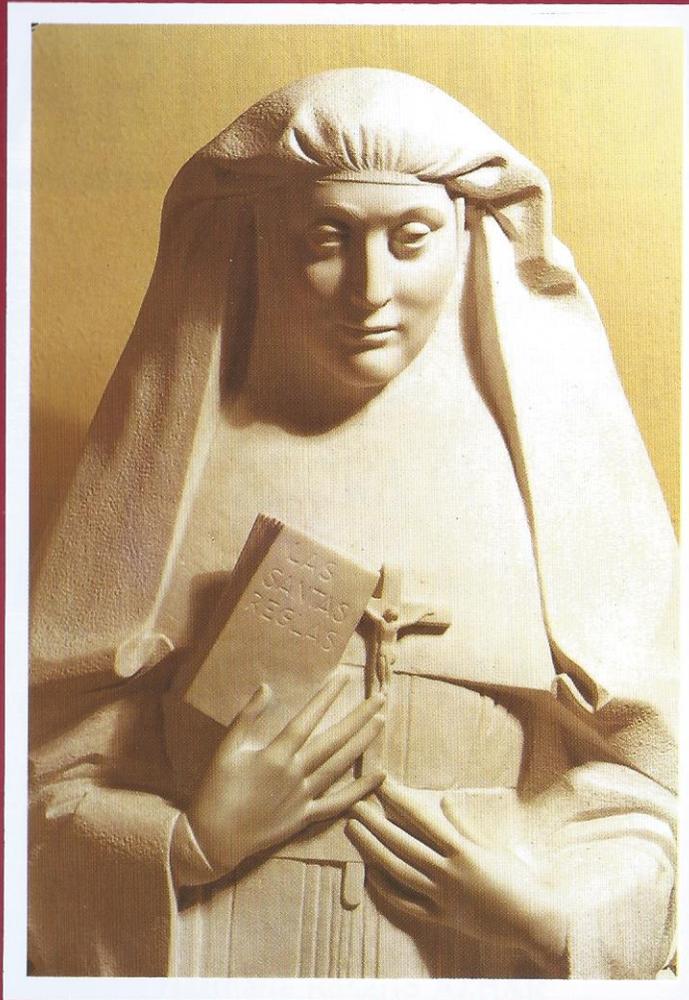


MARIA RAFOLS



HEROINA DEL SIGLO XIX
PARA TODOS LOS TIEMPOS



MARIA RAFOLS

HEROINA DE LA CARIDAD,
FUNDADORA DE LAS
HERMANAS DE LA CARIDAD
DE SANTA ANA

Por
Hermana Rosario AZNAR

A lo largo de todo su caminar destaca en María Rafols la vivencia del precepto nuevo de Jesús: la caridad. Quiso amar como El, algunas veces exponiendo su vida y siempre gastándola, día a día, en el servicio a los marginados de aquella sociedad en que le tocó vivir: toda clase de enfermos albergados en un hospital, concepto mucho más amplio en su época y en el que cabían también los niños abandonados, o expósitos, a los cuales consagró la mayor parte de su existencia.

Su vida se enmarca cronológicamente, en su mayor parte, en la primera mitad del siglo XIX, período señalado en España por profundos cambios y convulsiones políticas, que harán tremendamente difícil su andadura en la novedosa y arriesgada aventura de fundar una congregación religiosa apostólica femenina de caridad, el primer intento de origen español, con un único y altísimo ideal: servir a Dios en los pobres y enfermos, hasta la inmolación de la propia vida.

Jalones de esta historia política, que influirá decisivamente en su vida y en su obra, serán: la guerra de la independencia, a raíz de la invasión napoleónica en España, sucesivos períodos de monarquía absoluta y constitucional, apoyada ésta por un liberalismo de fuerte matiz anticlerical, y la guerra civil o primera guerra carlista, a la muerte de Fernando VII, por una cuestión sucesoria que implicaba, además, dos concepciones distintas de la vida: modernidad y tradición, con todas las consecuencias sociales, políticas y religiosas que esos conceptos tenían en su tiempo.

La vida de María Rafols, como la de su pequeña hermandad, transcurre bajo el signo de un largo invierno: cincuenta años de silencio, oscuridad, pobreza y sometimiento a unas imposiciones, hoy inconcebibles, por

parte de la junta rectora del Hospital de Nuestra Señora de Gracia, de Zaragoza, cuna de la Congregación de Hermanas de la Caridad de Santa Ana. Dependencia férrea que frenará su natural expansión y crecimiento. A diferencia de lo que ocurre en otras congregaciones, la primavera será tardía y la vida de la Fundadora transcurrirá en la oscuridad de la fe, con la sola luz de la esperanza y el fuego de una encendida caridad que será el verdadero móvil de su aventura apostólica.

INFANCIA Y JUVENTUD

Tampoco su infancia y juventud fueron fáciles: familia campesina humilde, cambios de domicilio, muerte temprana de sus seres queridos. Dios la preparaba en el crisol de la lucha y el dolor para una tarea dura y difícil, emprendida en plena juventud.

Nace María Rafols el 5 de noviembre de 1781 en Vilafranca del Panadés (Barcelona), en el molino llamado d'En Rovira, donde su padre trabaja como molinero. Es la sexta de los hijos del matrimonio Cristóbal Rafols-Margarita Bruna, naturales ambos de Santa Margarita, pequeño pueblo a sólo cuatro kilómetros de Vilafranca, centro de la comarca del Panadés. Cuatro hijos más seguirán a María, pero de sus nueve hermanos cinco morirán de muy corta edad. Es la suya una familia humilde, profundamente cristiana, como atestiguan los documentos parroquiales respecto al cumplimiento de sus deberes religiosos y a su vinculación con asociaciones piadosas implantadas en su entorno.

El 7 de noviembre, a los dos días de su nacimiento, recibe el sacramento del Bautismo en la parroquia de



Casa natal de la Madre María Rafols

Santa María de Villafranca, imponiéndole, según costumbre de la región, tres nombres: María Josefa Rosa. Una placa conmemorativa, colocada en la fachada de esta iglesia el 30 de agosto de 1908, recuerda la trascendencia de este acto, inicio de un camino de santidad que se abre como promesa y con su respuesta fiel llegará a espléndida floración. El texto en catalán, dice así:

*EN AQUESTA IGLESIA DE SANTA
MARIA DE VILAFRANCA
FOU, FETA CRISTIANA LO DIA 7
DE NOVEMBRE DE L'ANY 1781
SOR MARIA RAFOLS
FUNDADORA DE LA CONGREGACIO
DE GERMANES
DE LA CARITAT DE SANTA ANNA:
DONA INSIGNE EN ALLEUGERIR
LES MISERES HUMANES
Y QUE, ARMADA AM LA CARITAT,
DOMINA LO FUROR BELICH
DELS SITIADORS DE ÇARAGOÇA
DE L'ANY 1808
VILAFRANCA LI DEDICA AQUESTA
MEMORIA
EN LO PRIMER ANIVERSARI
SECULAR
DELS GLORIOSOS SITIS*

Cuando la pequeña María no ha cumplido aún sus dos años, en mayo de 1783, la familia ya no vive en Villafranca. Se ha trasladado al cercano pueblecito de la Bleda, a poco más de tres kilómetros, y en el acta de bautismo de una nueva hermana se llama a su padre «molinero del molino de Mascaró», de ese lugar.

Durante su estancia en la Bleda tiene lugar otro acontecimiento importante en la vida cristiana de la niña María Rafols, todavía muy pequeña: recibe el sacramento de la confirmación el 27 de mayo de 1785, junto a dos de sus hermanas. Administró el sacramento el obispo de Barcelona, don Gabino Balladares y Mesía, durante su visita pastoral al Panadés, en el convento

de Carmelitas Calzadas de Villafranca, donde se reunieron niños de esta ciudad y de Santa Margarita y la Bleda.

María se formó así en un hogar ejemplarmente cristiano, en un clima de sencillez, trabajo, austeridad y piedad. Recibió de sus padres aquella fe sencilla y fuerte que se traduce en una vida auténticamente cristiana. Allí aprendió también a compartir con los más pobres el pedazo de pan o el plato de sopa que había para todos.

Tampoco la Bleda será la residencia definitiva de los Rafols. Un nuevo desarraigo, con las consiguientes penurias y dificultades, va a experimentar la familia cuando María ya ha cumplido los once años. Esta vez el punto de destino será Santa Margarita, donde nacerá, el 17 de marzo de 1793, el último de los hermanos y donde, al año siguiente, morirá su padre.

María era una niña normal, pero ya sobresalía, dicen los testigos, **por la agudeza y precocidad de su ingenio, principalmente por su piedad, que todos consideraban extraordinaria.** Es quizá ésta la razón que mueve a sus padres a enviarla al colegio de la Enseñanza, de Barcelona, cosa nada corriente en su época, especialmente entre la clase humilde rural a la que pertenecía su familia. Allí las pensionistas, no sólo niñas sino jóvenes y señoras, además de la enseñanza elemental, lectura, escritura y toda clase de labores, hacían una vida retirada, de oración y piedad, casi como las mismas religiosas, sus maestras.

Así preparada, un día María Rafols se encuentra con el sacerdote don Juan Bonal, vicario del Hospital de Santa Cruz, de Barcelona, que andaba metido en un proyecto ambicioso de caridad para dotar a los hospitales, centros donde se intentaba acoger y remediar todas las miserias que generaba aquella sociedad pobre e injus-

tamente organizada, de personas vocacionadas que consagrarán su vida al servicio de tantos desgraciados que en ellos se albergaban: enfermos, dementes, niños expósitos, etc.

En aquel hospital de Barcelona ya existían dos hermandades seculares, masculina y femenina, encargadas de la atención caritativa a enfermos y niños de aquel gran centro. Allí realizaba su misión apostólica, **con el mayor celo, don Juan Bonal y para que prosperase el proyecto se ocupa muy particularmente en catequizar jóvenes de ambos sexos que se resolviesen a emplear en tan santa obra,** como cuenta una crónica contemporánea.

En aquel ambiente se movía también, a impulsos de la caridad, la joven María Rafols, entre aquellos jóvenes **catequizados** por Bonal, que actuaban ya, de una forma más o menos comprometida, al servicio de los pobres, en una misión que va a ser la gran tarea de su vida.

La Providencia va preparando los caminos y don Juan Bonal, en septiembre de 1804, se traslada a Zaragoza para iniciar gestiones con la junta, llamada Sitiada, del Hospital de Nuestra Señora de Gracia de aquella ciudad, que busca mejorar la suerte de los enfermos con dos hermandades semejantes a las de Barcelona. El celoso sacerdote podía asegurar que no sería difícil encontrar **personas aptas para las dos fundaciones propuestas, entre los artesanos y las doncellas, que en los días festivos acudían al Hospital de la Santa Cruz, para practicar obras de caridad y misericordia.**

UNA EMPRESA ARRIESGADA

Las gestiones de Zaragoza llegan a feliz término y Bonal vuelve ilusionado a preparar la expedición. Mu-



A los pies de Santa María del Pilar
la vida adquiere dimensiones más bellas

cha prisa debió darse, pues a primeros de diciembre de ese mismo año ya podía avisar que **lo tenía todo acoplado** y se ponían en camino. Nada menos que doce Hermanas de la Caridad, que así se llamaban, y otros tantos Hermanos, había reclutado el director. Entre ellos, y como presidenta del grupo femenino, se cuenta María Rafols. Sólo tiene veintitrés años, pero su virtud, su entusiasmo y su caridad, ya experimentada, habían impresionado al padre Juan, como le llaman ellas, y le hacían concebir las mayores esperanzas. La asocia a su empresa de caridad y pone su confianza en ella. Otras, al menos las dos compañeras de que se conservan datos, le superaban bastante en edad, diez años concretamente. Pero él la conocía bien y le confía la responsabilidad de aquella empresa nueva y arriesgada.

El viaje, más de 300 Km de Barcelona a Zaragoza, lo hacen en carros, con tiempo lluvioso, dice la crónica, dejando atrás familia, tierra, todo lo que había sido su vida, y hasta su propia lengua catalana, para iniciar una aventura desconocida, una nueva y hermosa empresa de caridad. Ante ella, el arranque y las incomodidades del camino, fáciles de imaginar, debieron quedar muy en segundo plano.

La llegada, el 28 de diciembre de 1804, constituye un gran acontecimiento no sólo para el hospital, sino para aquella entonces pequeña ciudad. A pesar del mal tiempo (**era de noche y diluviaba**), el gentío se agolpaba a la puerta del hospital para recibirlos. Pero antes han ido a postrarse ante la Virgen del Pilar **para darle las gracias por el feliz arribo y allí hicieron oración, presentándose a Nuestra Señora, pidiéndole la protección y amparo para desempeñar con caridad y fervor el destino a que venían**. Este era su objetivo: venían a servir con caridad y fervor a Jesucristo en sus imáge-

nes dolientes. Pero la empresa no era fácil. Mucho necesitarían del aliento de la Señora.

Después del recibimiento cordial de la ciudad y de la Junta del Hospital en pleno, una breve oración en la capilla y el encuentro emocionado con los verdaderos destinatarios de su misión: **entraron en las salas de los enfermos de ambos sexos, y no es ponderable las tiernas expresiones con que los consolaron y cómo por fuerza se les sacó a los respectivos departamentos que se les tenía dispuestos para su habitación.** Así relata un testigo presencial ese encuentro con aquel complejo mundo de la miseria y el dolor.

Ya en el recibimiento, en medio de la alegría general, una voz discordante presagia la dura lucha que pronto, el día primero de 1805, va a comenzar: **así se rompieran las piernas antes de llegar arriba**, fue la exclamación que se dejó oír. No todos se alegraban. A algunos de los empleados les molestaba ya la presencia de unas personas que suponían, acertadamente, iban a ser un freno a sus irregulares actuaciones y que venían, quizá, a reemplazarlos.

Aquel gran hospital real y general, con el ambicioso lema de **Casa de los enfermos de la ciudad y del mundo**, será el marco donde se va a desarrollar la vida de la madre Rafols y va a crecer su caridad, como cimiento firme de una congregación que sólo después de su muerte crecerá en extensión.

LA CARIDAD ES PACIENTE

La madre María Rafols, en plena juventud, tiene que enfrentarse con la ingente tarea de transformar un hospital en situación lamentable de desorden, desidia y abusos, todo un mundo de picaresca, por parte de unos asalariados mal retribuidos que están muy lejos de su

ideal de caridad, e iniciar una forma de vida religiosa apostólica que está dando sus primeros pasos en España y no será comprendida, ni deseada, por los mismos que rigen los destinos del hospital.

En esta empresa, la rama masculina fracasará pronto acosada por las contradicciones y el desánimo, abandonada por tres sucesivos superiores. La madre Rafols supera los mismos obstáculos con tacto y prudencia, con esa caridad que es paciente, todo lo excusa, todo lo espera, y merece los elogios de unas crónicas oficiales y frías, que no los prodigan, recogiendo el sentir de la Junta del Hospital, o Sitiada. Estos son algunos ejemplos:

«Aunque la Sitiada tenía la mayor confianza y seguridad en que las hermanas habían de hacer los mayores progresos en este Hospital, mayormente teniendo a su frente a la hermana María Rafols, nombrada hermana mayor en el ingreso, en cuyo destino continúa en la actualidad desempeñándolo con el mayor acierto y satisfacción, llegó ésta a dudar algún tanto sobre la utilidad de los hermanos; y fuese porque el sexo no es tan propio para este penoso ejercicio o porque no se había hecho tan buena elección de sujetos, no se experimentaba en ellos aquel acendrado celo y caridad, que en las hermanas, lo que dio motivo a algunas conferencias y discusiones en las Juntas, y a sus resultas se pasó el asunto a la Real Cámara, cuyo Superior Tribunal conocía en los asuntos de este Hospital.»

«Así como se advertía aumento y celo en las hermanas, se disminuía el número de los hermanos, y efectivamente en el año 1808 ya quedó extinguida enteramente la hermandad de los hombres, continuando por el contrario haciendo los mayores adelantos la de las hermanas.»



A lo largo de los años miles de hermanas repiten los gestos de caridad de su fundadora

Y el conde de Sástago, decano de los regidores del hospital, uno de los artífices de la fundación de la hermandad y testigo de sus primeros pasos, habla con calor de la transformación lograda en el centro y termina diciendo: **me atrevo a decir que con estas mujeres es fácil gobernar un hospital y sin ellas muy difícil.**

La caridad, prudencia y tacto de la madre Rafols han logrado superar todos los obstáculos, todos los ataques, y poner orden, paz y armonía en aquel mundo complicado de picaresca e intrigas, descrito con tintas muy negras en otros documentos. Pero el motivo mayor de sufrimiento será la oposición sistemática de la Junta a una forma de vida religiosa apostólica, a la que la madre Rafols y sus hermanas aspiraban, que en el espíritu ya vivían, pero que sus regidores creen va en contra de la misma autoridad y atribuciones de la Sitiada, que no tolera otra dependencia que la suya. Este será el mal de fondo que explicará muchas crisis y defecciones en la hermandad y pondrá a prueba la fe y esperanza de la madre Rafols durante muchos años, pero seguirá creyendo en la viabilidad de su obra, porque había creído en el Amor y la caridad jamás decae.

La madre María pone al servicio de la caridad todo el esfuerzo necesario, cuando del mejor servicio de los enfermos se trata. Por eso, ya en 1806, se presenta a examen de flebotomía, a la cabeza de un grupo de hermanas, ante la Sitiada en pleno, para poder practicar la operación de la sangría, tan frecuente en la medicina de su tiempo. En una época en que estas actividades profesionales eran impensables en una mujer, buscando ese mejor servicio **a costa de su industria y aplicación**, como recoge la crónica, es la primera que se somete a la prueba y sale **con mucho lucimiento, y con ven-**

taja a los mancebos de algunos años de prácticas y sigue ejercitando la operación con un acierto admirable.

PRIMER INTENTO DE EXPANSION: LA HERMANDAD DE HUESCA

Aunque la madre María y sus hermanas realizaban calladamente su misión dentro de los muros del hospital, su caridad resplandece y sorprende a los que contemplan o experimentan sus efectos. Uno de los gratamente sorprendidos será el obispo de Huesca, don Joaquín Sánchez de Cutanda, que concibe la idea de trasplantar la experiencia a su diócesis, para el servicio del hospital y casa de misericordia de aquella ciudad.

El obispo de la vecina ciudad aragonesa se dirige a la Sitiada del hospital de Zaragoza solicitando hermanas. Y es la única ocasión en que, quizá por la personalidad que lo pedía, accede a una nueva fundación desde esa primitiva hermandad que tenía como verdadera posesión suya. Son dos las hermanas de que se «desprende» la Sitiada: la hermana Teresa Calvet, del grupo de las fundadoras, que va como superiora, y la hermana Antonia Dalmau, que había ingresado en el primer año de existencia de la hermandad. Con seis más que vinieron de Cataluña y algunas aspirantes llegan a Huesca el 19 de mayo de 1807, acompañadas también por el padre Juan Bonal que había hecho de intermediario, para constituir una sola hermandad con dos comunidades: el Hospital de Nuestra Señora de la Esperanza, con ocho hermanas, y la Casa de Misericordia, con cuatro.

Las hermandades de Zaragoza y Huesca, que llevarán vida independiente, impuesta por el rechazo de las respectivas juntas a toda vinculación jurídica, permanecerán, sin embargo, unidas por unos fuertes lazos de familia que harán posible la unión, en 1868, después de sesenta años largos. La misma madre Rafols estrechará esos lazos fraternos con su presencia en Huesca en dos ocasiones.

Pero otras llamadas no serán atendidas. Están documentadas, al menos, las peticiones desde Canarias (1815), Madrid (1817), Burgos (1818) y Alcañiz (Teruel, 1826). La Sitiada siempre pone trabas a todo intento de expansión y crecimiento.

LOS SITIOS DE ZARAGOZA

Durante los dos sitios de Zaragoza por las tropas francesas de Napoleón, en 1808-1809, cuando la hermandad cuenta ya con veintiuna hermanas y se ha ganado la confianza y el prestigio de todos con las solas armas de su caridad, ésta alcanza las cotas más altas en circunstancias trágicas que desbordan toda previsión.

La tradición de la congregación y la ciudad agradecida guardan el recuerdo de los hechos heroicos de la madre Rafols que arriesga su vida por salvar la de tantos desgraciados enfermos, heridos, prisioneros, que reclaman su caridad. Uno de los sucesos más trágicos del primer sitio fue el bombardeo del hospital, el 3 de agosto de 1808, teniendo que ser desalojado en pocas horas, **entre las balas y las ruinas**, con las escenas de pánico fácilmente imaginables. María Rafols, como ángel de la caridad, permanece firme al frente del grupo, trabaja, anima y alienta, consiguiendo poner un poco de orden y serenidad en medio de tanto horror.

Las crónicas, siempre muy parcas, recogen la caridad heroica de la madre Rafols y sus hermanas, en aquella situación angustiosa en que todo falta, hasta el alimento indispensable para tantos enfermos y heridos, hacinados en hospitales improvisados.

«Las hermanas se habían ido aumentando, y eran ya veinte y una cuando sobrevinieron los Sitios de esta Ciudad, en los cuales no sólo no desampararon sus destinos, sino que arrostraron a todos los peligros, ya en la traslación de los enfermos y efectos que se pudieron salvar del incendio del Hospital antiguo, ya a servir a toda clase de enfermos.»

«En los años 1808 y 1809 fue donde la caridad evangélica de esta institución rayó a mayor altura. En efecto, sitiada Zaragoza, bombardeada, y lo mismo el Hospital, ellas ayudaron a sacar a los enfermos del medio de los proyectiles, ellas los conducían y alojaban, los asistían y salían a pedir de puerta en puerta el sustento para socorrerlos.»

Pocos años más tarde, un testigo presencial, el conde de Sástago, las recuerda en esos momentos con una breve y expresiva pincelada: **en las dos invasiones de los franceses, entre las balas y las ruinas se sacrificaron más que todos.**

Los locos albergados en el hospital han huido des-pavoridos hacia el campamento enemigo. El barón de Lejeune, protagonista e historiador de estos episodios, describe con realismo la escena y termina diciendo: **se colmó de atenciones a estos infelices y a varias religiosas que los habían seguido para dedicarse a su cuidado.** Estas **religiosas** que van en busca de aquellos pobres dementes al mismo campo francés, con grave peligro de su vida, son las Hermanas de la Caridad, en-



Instrumentos de «Cirugía», utilizados por las primeras hermanas, que se conservan en el museo dedicado a los recuerdos de la madre

tre las que se contaba su presidenta, la madre María Rafols, como lo cuenta un testigo:

«Durante este mismo incendio, expuesta sin cesar a los tiros de los sitiadores, consiguió recoger a los dementes, que, asustados, corrían por las calles de la Ciudad y hasta se habían refugiado muchos de ellos en el campamento francés.»

Terminado el primer sitio, el 14 de agosto de 1808, la madre Rafols sigue luchando contra el hambre y la miseria que destruyen tantas vidas como la misma guerra. Ella y sus hermanas no sólo dejarán su propio alimento a favor de los enfermos, como aparece reiteradamente en las actas del hospital, sino que saldrán a pedir de puerta en puerta para dar de comer a esa gran familia doliente que tienen a su cuidado.

Después de tres sucesivos traslados en menos de cuatro meses, el Hospital de Nuestra Señora de Gracia queda instalado, a finales de diciembre de 1808, en el llamado Hospital de Convalecientes, totalmente inadecuado e insuficiente para su nueva función. Allí se instalan las Hermanas de la Caridad y siguen trabajando para hacer lo menos dura posible la situación precaria de los albergados en él. Pero las fuerzas llegan al límite y se van produciendo, también entre ellas, las primeras bajas. Ya el 15 de noviembre de 1808, en una carta del mayordomo del hospital, aparece esta escueta noticia: **el domingo enterramos a la hermana M.^a Teresa, una de las modernas, y están enfermas de peligro seis más.**

Las fuerzas se agotan, pero no la caridad. Va a empezar el segundo sitio, más duro y total que el primero, escenario de nuevos y más heroicos actos de amor de la madre Rafols, luchando por la subsistencia de sus enfermos.

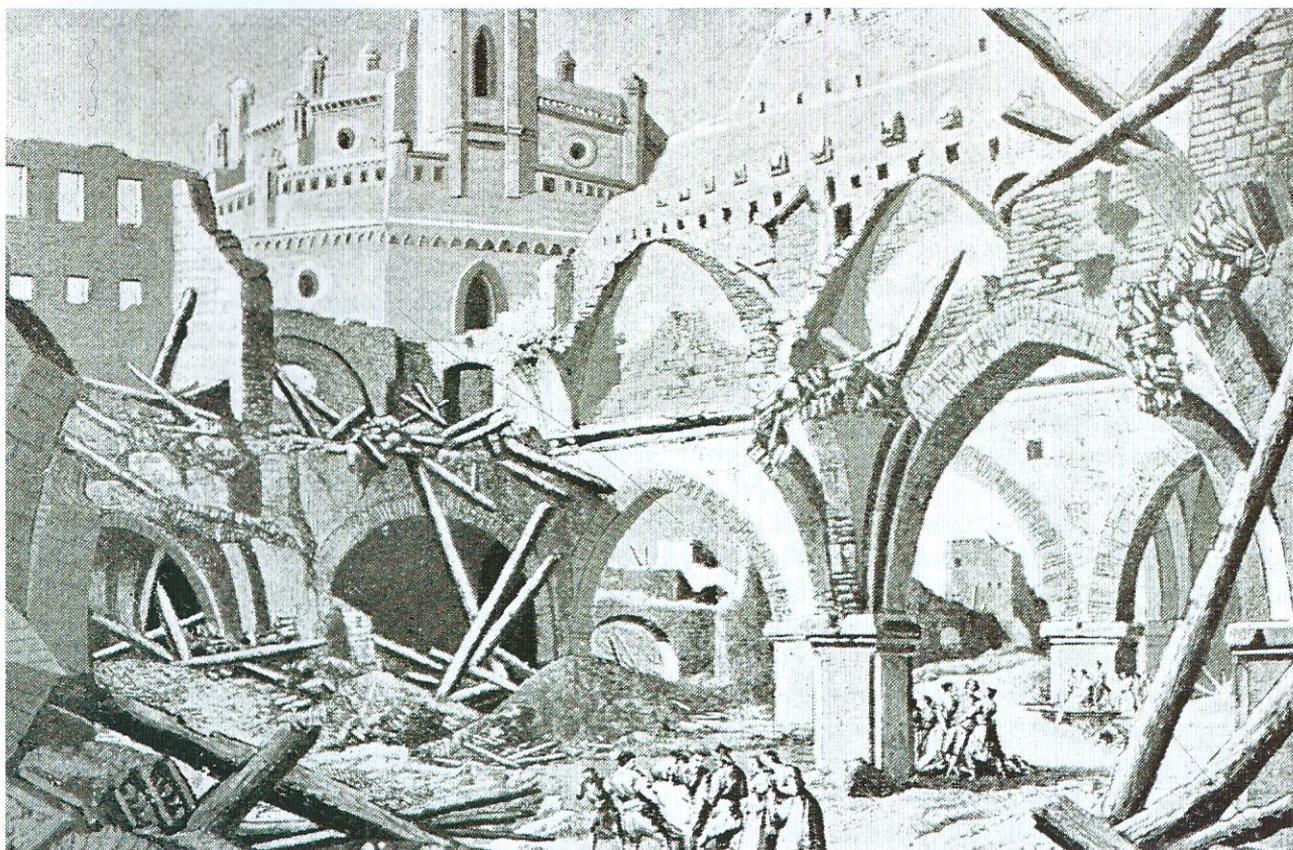
El 20 de diciembre de 1808, el ejército francés está de nuevo delante de Zaragoza a la que somete a un férreo cerco, sin salida posible. Los alimentos faltan para todos y ya no hay quien pueda dar limosna. La madre Rafols se arriesga a salir de la ciudad para ir al mismo campo francés a suplicar al general Lannes auxilios para sus enfermos. El duro y ya impaciente caudillo se conmueve ante el gesto suplicante de aquella mujer que nada pide para sí y arriesga su vida por los demás.

Son muchos los textos que recogen esas salidas al campo francés para pedir alimentos y curar a los heridos, y la tradición de la congregación ha transmitido el recuerdo de esos hechos heroicos de la Fundadora, y entonces superiora, de aquella pequeña hermandad. Así lo recoge la primera historia impresa del instituto, en 1902:

«Mas como nadie pudiera darles los alimentos especiales y más nutritivos que necesitaban los enfermos, la reverenda madre María Rafols, acompañada de otras hermanas, llegó al extremo de poner más de una vez en gravísimo peligro su vida, dirigiéndose bajo densa granizada de balas al campamento enemigo a pedir clemencia a favor de sus enfermos al sitiador irritado. Sólo por un prodigio de lo alto puede explicarse que el general enemigo... se ablandara ante el tosco hábito de una religiosa, permitiendo entrar las carnes y otras especies que necesitaban sus enfermos.»

Y don Mario de la Sala Valdés, general de brigada y correspondiente de la Real Academia de la Historia, habla así de la actuación de la madre Rafols en aquellos trágicos momentos:

«Entonces, en los días postrimeros de la defensa, fue cuando lució con más inextinguibles resplandores la intuición viva, la caridad ardiente y la serena intrepidez



El incendio del hospital viene a agravar las ya terribles consecuencias de una guerra que no acaba

de Sor María Rafols. Lo que faltaba en la ciudad había que buscarlo en el campo enemigo y Sor María no vacila; acompañada de dos de sus Hermanas, sale por la puerta de Santa Engracia, atraviesa la zona peligrosa

despreciando el fuego de sitiadores y sitiados, y arrojándose a los pies de Lannes solicita su amparo y que por amor de Dios le facilite medicinas y víveres para sus infelices moribundos con palabras tan fervorosas.

que el rudo mariscal, vencido por la grandeza de alma de la religiosa, accede a cuanto le pide. El arranque de Sor María y la delicadeza con que logró despertar la sensibilidad del caudillo francés, salvaron muchas vidas.»

La lucha acaba con la capitulación de Zaragoza, cuando ya la resistencia es imposible, dejando una ciudad en ruinas, cubierta de cadáveres. La suerte del hospital será una larga serie de miserias que habrán de compartir la madre Rafols y las pocas supervivientes de aquella catástrofe, porque nueve de sus hermanas habían muerto víctimas de la caridad. Sólo tres de las fundadoras quedaron con vida: las hermanas María Rafols, Tecla Canti y Raimunda Torrellas. Una cuarta, Teresa Calvet, había ido a fundar a Huesca.

Las secuelas de la guerra durarán muchos años y darán a la madre Rafols continuas ocasiones de seguir entregando y arriesgando su vida por la caridad. Son muchos los prisioneros que hay en Zaragoza o pasan por la ciudad, a los que llega la acción bienhechora de la madre María por encargo del propio gobierno. Su misión se reduce a preparar los alimentos, pero su caridad va siempre mucho más lejos. El esfuerzo por aliviar su precaria situación, procurando limosnas para proporcionarles los cuidados extraordinarios que necesitan, le ocasionará alguna reclamación por parte de la administración del hospital, muy atenta a controlar hasta el último céntimo, aunque fuese conseguida a fuerza de ingenio y sacrificio.

En otras tareas más arriesgadas estuvo también comprometida la madre Rafols. Aquellos prisioneros, mal tratados y expuestos a la muerte en cualquier momento, en los primeros tiempos de desconcierto y desorganización, procuraban por todos los medios el indulto o la huida. Y la madre Rafols les ayudaba a con-

seguir sus deseos, en colaboración con el padre Juan Bonal que también andaba en el juego.

El buen hacer de la madre Rafols y sus hijas corre de boca en boca, incluso entre otros prisioneros a los que no han llegado todavía sus servicios. Y son ellos mismos quienes las reclaman. Así, los oficiales presos en el castillo que se dirigen al comandante de la plaza para suplicarle **que las Señoras Hermanas de la Caridad del Hospital de Paisanos de esta Ciudad continúen sus buenos oficios como lo han hecho con otros prisioneros, a fin de no perecer de hambre perdiéndose las raciones que tan puntual y sabiamente les manda entregar el Gobierno.** La petición es atendida y el trabajo se multiplica, sin aumentar el número de hermanas.

También del hospital improvisado para prisioneros enfermos en Torrero, a las afueras de la ciudad, las reclaman, precisamente porque hay desorden, para velar por la noche. Pero ya las fuerzas se agotan y la misma Sitiada reconoce **que hallándose muchas enfermas, apenas podrán atender a la asistencia de los enfermos del Hospital.** Pero sí se desplazarán durante el día para contribuir en lo posible a una mejor atención. Además, entre estos enfermos, en condiciones infrahumanas, se han declarado fiebres **en grado de pútridas**, dicen los médicos, por lo que el riesgo de la vida es diario e inminente. Nueve de aquellas Hermanas de la Caridad han muerto en plena juventud y la madre Rafols arrastrará toda su vida en su frágil salud los efectos de tantas privaciones, enfermedades y esfuerzos sobrehumanos, que por una gran fuerza interior, ciertamente providencial, no le impedirán seguir derramando por largos años el bálsamo de la caridad.

CAMBIO DE JUNTA: LA SITIADA AFRANCESADA

Con la sustitución del gobierno tradicional del hospital, el 29 de abril de 1811, por una nueva Sitiada, a la que se apellida afrancesada en la historia, la hermandad pasa por una situación sumamente difícil. Ya el rey José Bonaparte, hermano de Napoleón y su lugarteniente en España, había dado un decreto de supresión de comunidades religiosas y, aunque jurídicamente la de la madre Rafols no lo era, a ello aspiraba y como tal vivía. No es el momento oportuno para conseguir ese reconocimiento oficial, que ya había encontrado ciertos recelos en la Sitiada anterior.

Se les imponen unas constituciones que en modo alguno recogían el ideal primitivo. Reconociéndolas como **mujeres adornadas con el espíritu de Dios que se sacrifican por la salud de sus prójimos**, su autor, el obispo y presidente de la Sitiada Fray Miguel Suárez de Santander, capuchino, confiesa que ha quedado impresionado **por el buen ejemplo que dan, y la edificación que causan por su conducta sólidamente virtuosa**. Pero hace suya la visión que la Sitiada tiene de la hermandad como tal y la expresa claramente:

«He mirado la pequeña sociedad de las hermanas, no como a unas pocas y pobres mujeres que en la actualidad sirven con edificación; no las he mirado como a un niño en su cuna, de que nada hay que temer o recelar; sino teniendo la vista puesta en los siglos venideros y escarmentado con los ejemplos pasados, que empezando débiles se hicieron fuertes y casi irresistibles, he cerrado enteramente la puerta a todo engrandecimiento por su parte, estableciendo inalterablemente su absoluta subordinación a la Ilustrísima Sitiada, y to-

tal separación de todo manejo independiente. Esta es la piedra fundamental sobre la que se levanta el edificio de estas Constituciones.»

Estas pocas líneas resumen todo un trasfondo de oposición al proyecto fundacional que será motivo de muchos sufrimientos y frenará por mucho tiempo el normal desarrollo y consolidación de la hermandad, e incluso será causa de tensiones y deserciones en su propio seno. La «separación de todo manejo independiente» parece aludir al padre Bonal, a quien muy pronto prohibirán hablar a las hermanas de asuntos de la hermandad y le encomendarán una tarea mucho más dura y menos brillante que la de fundador: la de limosnero extraordinario del hospital, recorriendo abnegada y humildemente los caminos de España hasta su muerte, el 19 de agosto de 1829. La madre Rafols quedará sola en la difícil tarea de mantener la vida de aquella pequeña planta llamada a convertirse en árbol, muchos años después.

Es ella la que tiene que hacer frente, con prudencia y caridad, pero con energía, a la nueva situación y enfrentarse, de alguna manera, a la todopoderosa Sitiada. En este contexto se produce su dimisión como superiora, alegando motivos de salud. A pesar de serle aceptada la renuncia, debe continuar **hasta nueva orden**, que llegará casi un año después, el 10 de agosto de 1812, en que, puestas en vigor las constituciones, se nombra nueva superiora.

La madre Rafols no ambiciona más que poder desempeñar su misión de caridad con la estabilidad de un instituto religioso aprobado por la autoridad eclesiástica, la paz y la unión fraterna de su propia comunidad, que parece resquebrajarse con las tensiones, y renuncia voluntariamente a ese cargo que había desem-



La madre María no encuentra fronteras cuando se trata de aliviar a sus enfermos

peñado con mucha prudencia y discreción, con el mayor acierto y satisfacción, según las crónicas. Ella, que nunca se queja ni culpa a nadie, achaca su decisión a la falta de salud, cierta, pero no única razón.

Un testigo presencial y muy cercano, el deán don Ramón Segura, en una carta desde su destierro en Francia a la salida de los franceses, dirigida a los sacerdotes de la diócesis, hablará de **cómo se atajó el espíritu de partido, que comenzaba a declararse, por medio de la espontánea cesión de la prudente madre María**. Ella, que ha sido el alma de aquel grupo, no duda en retirarse cuando cree que su permanencia puede ser obstáculo a la concordia y a la paz.

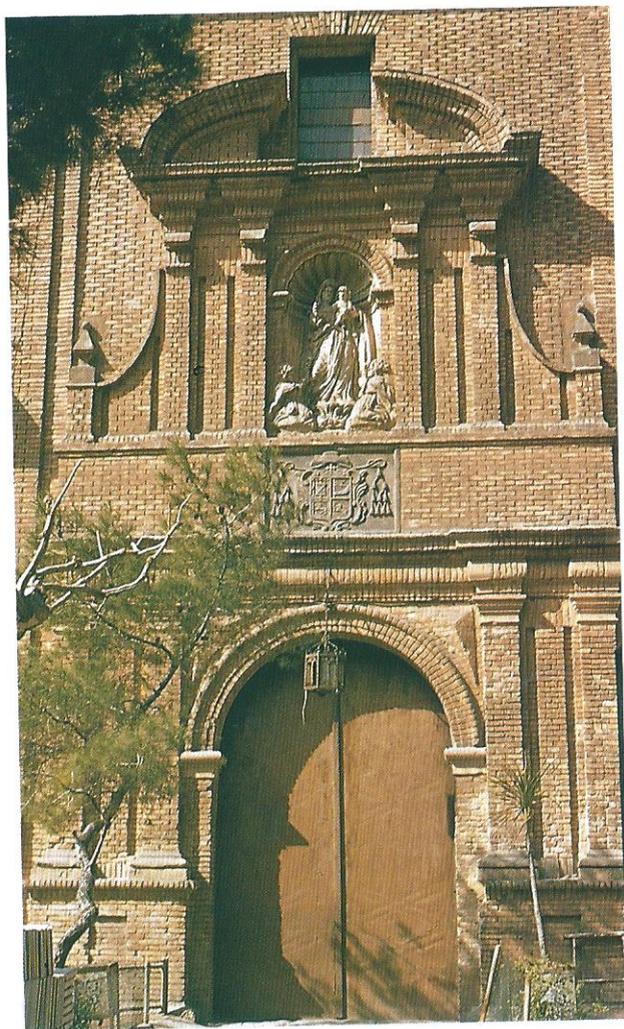
La elección de superiora recae en la madre Tecla Canti, compañera de la madre Rafols desde la primera hora. Pero la concordia que ésta buscaba no se logra con la sustitución y la nueva presidenta tiene que recurrir a la Sitiada para reafirmar su autoridad. Comienza un éxodo de hermanas que se van a sus casas o buscan en un convento la realización de una vocación religiosa que ya no ven posible en la hermandad.

La madre María trabaja en silencio, sufre y ora, mientras ve tambalearse su obra tan querida. Entre los destinos especiales sugeridos por la superiora a la Sitiada, a ella le toca en suerte el cuidado de la sacristía, lo que, junto a un aumento de trabajo considerable, supone también un gran consuelo en aquellos días tristes. A las hermanas que se van se suman las enfermas que, con frecuencia, tienen que salir a **tomar aires** por prescripción facultativa, fuera de Zaragoza. Esto ocurre, por ejemplo, con la hermana Teresa Ribera, a quien la madre María debe acompañar a un pueblo de la provincia, Orcajo de Daroca, según propuesta de la propia superiora a la Sitiada. La acogida gratuita a las dos her-

manas por una persona de ese lugar aparece precisamente condicionada a la presencia de la madre María, y se alude también a **los buenos oficios** recibidos en el hospital, seguramente de su mano. Pero quizá también hay intento de alejarla, o de alejarse, porque su indudable ascendiente hace sombra a la nueva superiora, que no logra hacerse con las riendas de la hermandad.

La crisis, sin embargo, se acentúa. Tres hermanas piden permiso para retirarse a sus casas y otras dos se van sin permiso, con el consiguiente disgusto de la Sitiada. En estas circunstancias, la madre Rafols, sintiéndose quizá un obstáculo con su sola presencia, pide permiso por escrito para pasar al convento de la Enseñanza, de Zaragoza, **en clase de seglar o colegiala**. Su carta, dirigida al presidente de la Sitiada, revela un estado de angustia extrema. Como es su costumbre no se queja de nadie, pero se ve con **una suma debilidad de fuerzas, varias y repetidas desganas, prolongada inapetencia y casi un total decaimiento de ánimo**. Su conclusión es clara: aunque le resulta **muy sensible**, no puede seguir en ese **piadoso ejercicio**. Pero esa carta, fechada el 14 de abril de 1813, contiene, en una nota al margen, su propia retractación: **Habiendo considerado esta hermana con más atención su solicitud, me suplicó de nuevo la tuviese por no hecha y quedase sobreseído el asunto**.

Quizá el mismo presidente de la Sitiada, el obispo Santander, de cuya mano parece escrita la nota, aquietaba su ánimo. Ella, que generosamente quiere retirarse, no puede abandonar su obra en aras de la caridad y de la paz. La madre María no es una hermana cualquiera, a la que sin dificultad se le concede el permiso solicitado. Es la fundadora, alma de aquel grupo, sin cuya prudente



Fachada del Hospital de Nuestra Señora de Gracia. Puertas abiertas a todo dolor

y acertada dirección el proyecto se tambalea. Y el Señor la ilumina, le concede la fuerza necesaria para seguir caminando hacia la meta soñada, a la sola luz de la fe, apoyada sólo en El.

CON LOS MAS POBRES DE LOS POBRES

La situación política va a cambiar radicalmente en Zaragoza con la salida de los franceses el 9 de julio de 1813, lo que repercute también en la marcha del hospital y en la vida interna de la misma hermandad. Se respira otro ambiente y las cosas, aunque lentamente, empiezan a encauzarse. El obispo Santander y el deán Segura tienen que salir para Francia, camino del destierro. Los demás regidores cesan y se restablece la antigua Sitada.

Por estas fechas comienza la madre Rafols a encargarse de la Inclusa, departamento dentro del mismo hospital, donde esos niños abandonados, en los que se concentran toda suerte de pobreza, van a ser el objeto de sus desvelos, de su caridad hecha ternura, durante el resto de su vida.

Ya el 9 de agosto de 1813 aparece como madrina en el bautizo de un expósito, y desde esa fecha se la encuentra con frecuencia preocupándose de los intereses de esos pequeños que no tienen más cariño que el que cabe en el gran corazón de la madre María, ni más voz que la suya.

El lugar donde los niños están instalados es estrecho, con escasa luz y ventilación. Ella se esfuerza por conseguir el traslado a un local más amplio y saludable y, en efecto, la Inclusa encuentra acomodo en el vecino convento de la Encarnación, que había sido cedido por el Gobierno francés al hospital.

El departamento de la Inclusa es uno de los más duros y complicados del hospital. El número de expósitos de los que debe hacerse cargo es grande y va en progresivo aumento año tras año. Unos se crían dentro del hospital, con un grupo de nodrizas, siempre insuficiente. Otros, la mayor parte, son criados fuera, por mujeres remuneradas a cargo del mismo centro. Los apuros económicos de éste hacen aparecer constantemente en primer plano la preocupación por conseguir los recursos necesarios para esta urgente necesidad.

No es fácil imaginar el trabajo, desvelos y derroche de abnegación de la madre María para velar por todos estos pequeños y coordinar todo el complicado engranaje de la Inclusa, que recae principalmente sobre ella. Algo podemos rastrear en un informe de la Sitiada, en 1816:

«Hay en el Hospital un competente número de amas para lactar los expósitos que llegan y para los que existen en la Inclusa que comúnmente no bajan de 60 y son los más débiles, de peor condición física y contagiados; porque los más robustos los sacan a criar fuera mediante estipendio con que se contribuye a las amas mensualmente y el número de los que se crían fuera no baja de 400. Para la dirección del departamento de la Inclusa, la Sitiada tiene puesta una hermana de la Caridad que vela siempre por el porte de las amas, su alimento, lactancia y limpieza de los niños. Este departamento tiene su cocina y en ella guisan las amas en común su ración; y sus salarios se pagan de seis en seis meses. Las de fuera del Hospital cobran mensualmente el estipendio presentando los niños que crían las de Zaragoza que reconoce la hermana de la Caridad encargada y ésta misma va a dar algunas vueltas por las casas donde se crían para ver si los tratan bien y con limpieza; las de

fuera de la Ciudad justifican la existencia del expósito con certificado del cura párroco, y de que lo cría robusto cual si fuera hijo natural.»

Esa **hermana de la Caridad** a quien se confían tan delicadas tareas es, y seguirá siendo de por vida, la madre María Rafols. A esos niños más débiles que llegan ya al hospital en lamentables condiciones de abandono, desnutridos, deshidratados, tras largos días de camino muchas veces, consagrará sus mayores desvelos y uno de sus más hondos sufrimientos será precisamente ver morir en sus brazos a un elevado número de ellos. Actas e informes hablan de esas continuas visitas de la muerte a sus queridos niños. La madre Rafols no se resigna a esta trágica realidad y ella misma presenta un informe, en 1818, sugiriendo algunas mejoras asequibles:

«La hermana María Rafols, encargada de los niños expósitos de este santo Hospital de Nuestra Señora de Gracia, penetrada de un vivo sentimiento por los muchos de éstos que fenecen y deseosa de contribuir a su remedio y prosperidad, sin pretender prevenir los más acertados proyectos que puede haber formado V. S. Ilma. sobre este asunto de tanta consideración, por si pudiera cooperar en algo a su posible perfección, con su mayor atención y veneración le ha parecido hacer presente a V. S. Ilma.: Que la sala donde están ahora los niños es, muy angosta y estrecha y de poca ventilación, especialmente para el verano que se aproxima, y que a poca costa se podría hacer bueno en una estancia que hay al lado, que sólo sirve para secar judías a su tiempo, haciendo en un extremo de ella una habitación con varias divisiones; y el que ahora ocupan podría servir de enfermería o distrito de niños desvezados, haciendo



NUESTRA SEÑORA DE GRACIA,

titular del Real y General Hospital de Zaragoza.

Ade más de las infinitas gracias concedidas á los bienhechores de este Sto. Hospital; el ilmo. Sr. D. Manuel Vicente Martínez y Ximenez, arzobispo de Zaragoza, concedió 80 días de indulgencia á todos los fieles de ambos sexos que saluáren á Maria Santísima con la oración angélica al toque de las oraciones y también á todos los que dieran alguna limosna para los pobres enfermos del Sto. Hospital de Ntra. Sra. de Gracia

Estampa del padre Juan Bonal,
al recibir una limosna para el hospital

abundantes camas, y convendría mucho estuviesen separados, que todo está ahora junto...»

La escasa retribución que se da a las amas y las duras condiciones de su misión, hacen que la selección no pueda ser todo lo cuidadosa que la madre María desearía para el bien de los niños. El trato con aquellas pobres mujeres de muy escasa formación se presenta problemático siempre que ella no está. Con ella no hay problemas y las colaboradoras fijas permanecen muchos años a su lado, cosa insólita entre los empleados del hospital y particularmente en la Inclusa cuando ella tiene que ausentarse, por graves motivos, como veremos, durante seis años.

La madre María vela también por los intereses y justos derechos de amas y sirvientas. En varias ocasiones pide para ellas aumento de ración y salario y su petición es atendida. Y en épocas de mayor número de niños, o cuando en éstos se producen graves infecciones, con peligro de contagio para las amas que los crían, pedirá para ellas la justa recompensa que merecen. El ascendiente de su caridad y entrega, de su acertada dirección, merece siempre el crédito y aprobación de la Siteda. No es extraño que esas pobres mujeres se encuentren bien junto a la madre María que sabe hermanar perfectamente la caridad con la justicia.

Ella colabora cuanto puede en mejorar la suerte de los niños y con el producto de las limosnas recogidas en su departamento les proporciona cunas nuevas y hace pintar las viejas, como figura en los recibos correspondientes. De otras mejoras conseguidas da testimonio un inventario del hospital, de 1819, en el que, junto a un triste cuadro de deficiencias, abandono y suciedad, con excepción de los departamentos confiados a las hermanas, destaca la descripción de la Inclusa:

«*Distrito de las amas. Se encontró en el mejor aseo. Las camas y cunas bien arregladas. Los niños bien cuidados por las trece amas... y bien cuidados de la madre, que los tenía con el mayor abrigo... este distrito deberá preferirse a otros para el mayor cuidado y bienestar de los niños, y más en el día en que se ha mejorado considerablemente la Inclusa, ya por su situación, ya por el buen arreglo de las amas.*»

La estancia en la Inclusa, aparte de la complejidad de la misión y las dificultades inherentes, era todo menos agradable a los sentidos. Aquellos niños que se criaban dentro eran los más débiles, enfermizos, muchas veces con enfermedades contagiosas, necesariamente desasosegados. Lo que la madre Rafols oía a diario no era precisamente una música agradable y sabemos que, al menos desde 1819, seguramente antes, incluso dormía en el departamento para velar mejor por el bienestar de los pequeños. Su sueño junto a sesenta de estos niños, cuando no le tocaba velar, no sería muy tranquilo.

Otro aspecto, no menos mortificante, se pone de manifiesto cuando se habla del posible traslado de la Inclusa a unas casas que el hospital posee en el centro de la ciudad. Se alega, además de lo costoso de las obras indispensables, los **olores intolerables** de los niños, siempre en lugares estrechos, no bien ventilados, con las deficientes condiciones higiénicas de la época.

Pero la caridad todo lo soporta y la madre Rafols vive cada día por amor a esos Cristos, los más pobres de los pobres, con absoluta naturalidad, un holocausto continuado.

Su preocupación por los niños no termina cuando éstos salen de la Inclusa. Ella sigue sus pasos y los defiende de posibles abusos de sus familias de adopción. Es el caso de una niña de siete años a quien la madre

María, enterada del mal trato que recibe, recoge e interna en el hospital, donde los médicos certifican el mal estado en que se encuentra. Este y otros ejemplos semejantes muestran cómo los brazos y el corazón de la madre Rafols traspasan los muros del hospital para seguir amparando y defendiendo a sus queridos niños.

HACIA LA APROBACION DE CONSTITUCIONES

La hermandad, entre tanto, sigue luchando por su consolidación y reconocimiento como instituto religioso, con la oposición sistemática de la Sitiada, por lo que las gestiones, en las que interviene siempre la madre María, tienen que hacerse con suma discreción. En esta línea parece enmarcarse un breve paréntesis de estancia en su tierra, para lo que pide un permiso de dos meses que se le concede el 10 de abril de 1815, con el certificado correspondiente, firmado por el secretario del hospital, don Agustín Sevil:

«*Certifico. Que la Ilma. Sitiada o Junta de Gobierno de este Hospital atendiendo a que la hermana María Rafols, una de las de la Hermandad de la Caridad establecida en este santo Hospital ha desempeñado con el mayor celo y caridad el penoso encargo de la asistencia de los pobres enfermos y niños expósitos sin interrupción alguna desde el año 1804; y a que ha manifestado sus deseos de pasar a la villa de Villafranca del Panadés, en el Principado de Cataluña, de donde es natural, a disfrutar por algún tiempo de la compañía de sus hermanos y demás familia; en junta que se celebró el día 10 de los corrientes, le concedió su permiso y licencia temporal de dos meses para pasar a dicha villa al objeto expresado...*»

En Cataluña, hermandades gemelas tenían un mismo ideal e incluso intercambiaban vocaciones. La



de Zaragoza se seguía nutriendo de hermanas venidas de esas pequeñas comunidades, de hecho independientes, pero con un fuerte aire de familia. En algunos documentos se habla de posible fusión. Este viaje de la que sin duda era el alma de aquel grupo de Zaragoza parece estar relacionado con asuntos de la hermandad, porque las hermanas, que salían con frecuencia temporalmente por motivos de salud, nunca lo hacen por razones familiares. La llegada a Zaragoza de tres nuevas hermanas catalanas este mismo año parece confirmarlo.

La hermandad, sin embargo, no encuentra cauce para realizar sus justos deseos de ser reconocida y aprobada por la Iglesia como congregación religiosa y el malestar permanece. Desde 1815 se están gestando unas constituciones, que las mismas hermanas han pedido al arzobispo y éste ha encargado a personas competentes. Dichas constituciones no acaban de llegar. En 1817 la impaciencia de las hermanas crece y algunas incluso piensan en incorporarse a las Hijas de la Caridad de San Vicente de Paúl. El rumor llega a la Sitiada y éste es el detonante para que al fin se dé cuenta del verdadero problema de fondo e intente poner remedio, dando fin a las constituciones proyectadas. Aunque tardía, es una muestra de aprecio a la hermandad que no quieren dejar escapar.

El final no es inmediato, pero las hermanas conciben un rayo de esperanza y la temida desbandada no se produce. La madre María, pasado este nuevo sobresalto, sigue desvelándose por sus pequeños y por las amas que los crían. Por encima de las penurias, que obligan de vez en cuando a la presidenta a suplicar humildemente algún dinero de lo mucho que les deben para

remediar sus más urgentes necesidades, y de las esperas que se hacen largas, sólo el amor se impone y la sostiene. El premio a su constancia no está lejos.

Al fin, el 9 de noviembre de 1818, las esperadas constituciones llegan a la Sitiada, remitidas por el señor arzobispo don Manuel Vicente Martínez y Giménez. Unas constituciones, en efecto, no podían salir del seno de la Sitiada que tan poco entendía de vida religiosa, y no la deseaba para la hermandad. Vienen de la autoridad diocesana, pero la Sitiada tenía que poner sus manos en aquello tan fundamental para la hermandad que tenía por suya y **hechas en ellas algunas variaciones y adiciones**, las aprueba el 18 de noviembre de ese mismo año.

Si la dependencia de la Junta seguía siendo fuerte, se trataba ya claramente de vida religiosa con todos sus elementos esenciales y, sobre todo, se había reconocido fielmente el espíritu y carisma originales, claramente expresados en las constituciones primitivas, nunca aprobadas, que la madre Rafols estaba viviendo con tanta fuerza y había defendido con tesón. El paso siguiente era ya fácil y se veía próximo: la aprobación definitiva por la autoridad eclesiástica diocesana. Pero cuestiones nimias de reglamento detienen todavía en la Sitiada las constituciones y se llega al trienio liberal (1820-1823), de radical anticlericalismo, poniendo a prueba una vez más la fidelidad y constancia de las hermanas que, aunque tienen que sufrir una merma de atribuciones y aun ataques directos, continúan en el hospital **al mismo tiempo que las llamadas Cortes prohibían vestir el hábito y profesar en todas las religiones y estimulaban a sus individuos de todo sexo a secularizarse.**



Muchas mujeres han seguido a María Rafols porque siempre habrá niños en busca de unos brazos y una sonrisa

Con la entrada en España de tropas francesas, al mando del duque de Angulema, el 7 de abril de 1823, termina el trienio liberal. La situación es más propicia para volver al asunto de las constituciones. Al fin, el día 15 de julio de 1824, son aprobadas por el vicario general, don Francisco Amar, por haber fallecido recientemente el señor arzobispo. Este documento, tan esperado, supone el refrendo de una vida, de un carisma, y el verdadero origen de una nueva familia religiosa en la Iglesia.

LOS VOTOS RELIGIOSOS. LA MADRE MARIA DE NUEVO SUPERIORA

Se aproximan para la madre María días felices en que va a ratificar, junto a sus hermanas de primera hora, aquel sí generoso que veinte años atrás había dado a Dios en su corazón como un cheque en blanco, porque entonces no podía prever los escollos del camino. Ahora, con la perspectiva de esos veinte años de experiencia, valoraba más profundamente su vocación y su entrega, y pensaba que tantos sufrimientos habían merecido la pena.

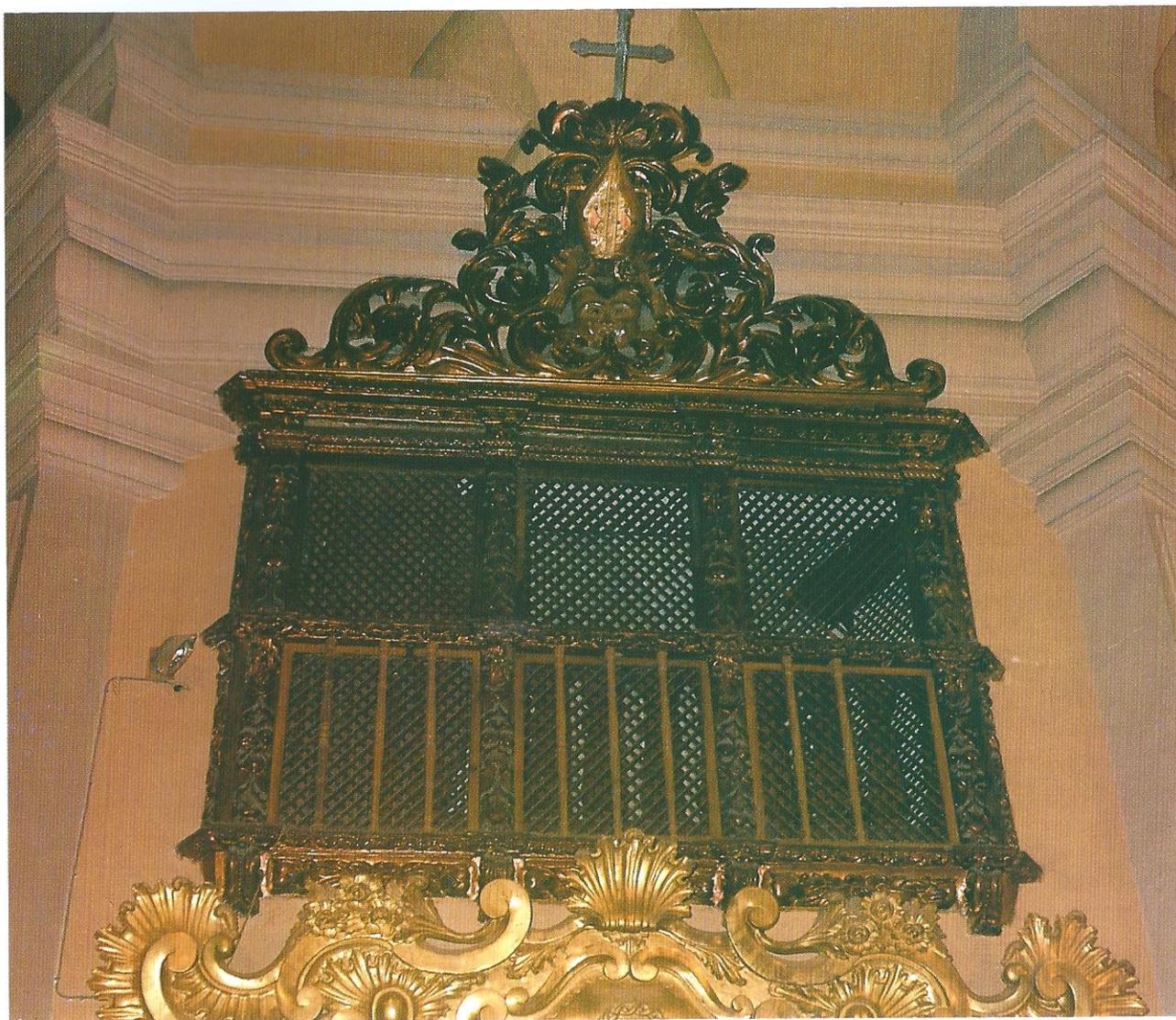
Se preparan con unos ejercicios espirituales a sus primeros votos públicos de pobreza, castidad, obediencia y hospitalidad, que pronuncian el 16 de julio de 1825, en el pequeño oratorio de su departamento. Trece hermanas se adelantan con su vela encendida para pronunciar con emoción la fórmula. De ellas, sólo las tres primeras habían llegado aquella lejana tarde del día 28 de diciembre de 1804. La minuciosidad con que el director de la hermandad, don Narciso Olivas, presidente del seminario sacerdotal de San Carlos, narra la ceremonia, habla por sí sola de la trascendencia del acto.

Junto a las firmas de las felices profesas, las del presidente de la Sitiada y el propio director.

Según las constituciones, estos votos debían renovarse todos los años **hasta que cumplidos cinco años de hábito añadan un juramento de estabilidad o perpetuidad**. Pero esas primeras hermanas que han esperado veinte años, vividos tan intensa y fielmente, bien merecen que se abrevie ese tiempo. Por eso, las tres fundadoras y la hermana Teresa Ribera, que había ingresado en 1805, hacen ese mismo año 1825, el 15 de noviembre, su voto de estabilidad. Su consagración a Dios y a los hermanos más necesitados era ya definitiva y total.

Los acontecimientos se suceden sin interrupción, como si se quisiera recuperar el tiempo perdido. Es el momento de elegir nueva presidenta y la elegida, el 16 de abril de 1826, será la madre María Rafols. En este segundo nacimiento de la Congregación aparece de nuevo como superiora. Sin embargo, en el mismo acto de la elección, renuncia generosamente, como lo hizo años atrás, alegando razones de salud. Quizá la verdadera razón de la renuncia era el temor a aquel «espíritu de partido» que ella siempre había tratado de atajar. Pero esta vez no se le acepta y tiene que asumir esa responsabilidad sin dejar de atender a la dirección de la Inclusa, en la que parece que se había hecho insustituible. Se recoge en acta la decisión de la Sitiada.

En el seno de la hermandad reina la calma. La madre María sigue dirigiendo su pequeño instituto **con mucha prudencia y discreción, con el mayor acierto y satisfacción**, como le reconocían las primeras crónicas oficiales. Su autoridad no es discutida, pues se impone con el ascendiente de su virtud y caridad que prodigaba con todos, pero especialmente con sus hermanas, he-



Celosía de la iglesia del hospital, que sabe mucho de la oración profunda de la madre

cha ternura y delicada entrega, como lo expresa un testigo:

«Tenía verdaderas entrañas de madre con todos, especialmente con sus hijas, a las que consolaba en sus aflicciones y trabajos, haciéndose toda para todos y olvidándose de sí misma por amor a los demás.»

El día aniversario de los primeros votos, 16 de julio de 1826, todas las hermanas que han hecho el juramento de estabilidad o perpetuidad, emiten ya sus votos «por todo el tiempo que permanecieren en la hermandad», es decir, por toda la vida. En este acto, presidido por el director de la hermandad, la madre María encabeza como presidenta la lista de doce hermanas. Tres postulantes asisten también a la ceremonia. La hermandad se consolida y hay esperanza de futuro.

Su ascendiente ante la Sitiada sigue siendo notable, como se desprende de las actas en asuntos tan concretos como la admisión de postulantes, en lo que tan susceptible se mostraba siempre la Sitiada. Ella propone una nueva pretendiente e insinúa que está buscando otra, con todo lo cual **se conforma** la Junta.

El protagonismo de la Madre María respecto a un horizonte más amplio de la hermandad es también patente. Significativo es el hecho de su viaje a Huesca para el que pide permiso a la Sitiada. El motivo es acompañar a una hermana de aquel hospital que ha estado enferma en el de Zaragoza, pero también **visitar a aquellas hermanas** y así lo expresa con toda claridad. No hay duda que las relaciones con la Sitiada son más cordiales y ella actúa en un plano de confianza y libertad.

Donde ella estaba reinaban la paz y la concordia, no por falta de dificultades y problemas, sino por la prudencia y tacto con que sabía afrontarlos, siempre con exquisita caridad hacia las personas.

El corazón bueno de la madre María lo conocen bien los que de alguna manera tienen que relacionarse con el hospital y acuden a ella como intercesora. Los ejemplos se multiplican en cartas y notas recomendando a gentes sencillas para que les facilite los trámites necesarios y haga todo lo posible por resolver sus problemas.

Llega el final del trienio para el que según las constituciones había sido elegida presidenta la madre María. Como siempre, había pasado haciendo el bien, mereciendo el aprecio y la confianza de todos, con su hermandad consolidada y en paz. Pero la carga era mucha y muchas las tareas a compartir. Y al acercarse la fecha, ella misma lo anuncia con tiempo, pues coincide con los días festivos de la Pascua. Pasada ésta, la elección se fija para el 22 de abril de 1829, resultando elegida la hermana Teresa Periú, a quien la madre María había confiado el cargo de maestra de novicias. Con ella tampoco surgen problemas de autoridad y será reelegida varias veces, hasta 1845. La madre María podrá dedicarse plenamente a sus queridos pequeños sin hogar.

Su vida sigue en la misma línea de amar, acoger, orientar no sólo a los niños, a las amas y empleadas en el departamento, sino a todos los que a ella se acercan, siempre con necesidades y problemas. Las cartas de recomendación continúan llegando, con la confianza en la ayuda eficaz de la madre María, que no tiene más límite que el bien de los niños. Estas son algunas pequeñas muestras:

«Mi estimada madre María: Vea usted si puede servir a la comprendida en este papel, pues me han dado muy buenos informes de sus circunstancias.»

«Madre María, la dadora me dice que no le quiere usted entregar niño sin que le dé yo escrito; en esta ma-

42

Cuentas de las Limosnas recogidas
en las Zolerias & las Hermanas de la
Caridad del Hospital General Civil de
Tarazona.

Sept. 30

Documento de la época en el que quedan reflejadas las limosnas que recogen las hermanas para el hospital

tería lo que le puedo decir es que el otro lo cuidó bien, espero que haga lo mismo.»

Y así una larga serie que la madre Rafols tiene que atender cada día, nos habla de abnegación continua y responsabilidad exquisita respecto a aquella misión sagrada de criar a los niños, a los que sólo entrega con la garantía de personas que merecen su confianza.

El número de expósitos sigue creciendo y por consiguiente el trabajo, las penurias, las estrecheces, aumentan cada día. Pero también, y a ritmo acelerado, la caridad de la madre María.

LA NOCHE OSCURA: CARCEL Y DESTIERRO

La vida de la madre María transcurría ahora serena, en la entrega de cada día y el olvido de sí. Pero de nuevo los acontecimientos políticos van a incidir gravemente en la tranquila vida comunitaria y muy especialmente en la de la madre María que había de sufrir, a pesar de ser declarada inocente, la cárcel y el destierro.

Tienen lugar estos dolorosos sucesos al comienzo de la primera guerra carlista, en la que se enfrentan no sólo intereses dinásticos, sino dos concepciones radicalmente distintas de la vida: tradición y modernidad, con todas las implicaciones de orden político, social y religioso que estos conceptos tenían en su época. Los liberales, que apoyan a la reina niña, Isabel II, frente a su tío el pretendiente Carlos, detentan el poder y van radicalizando sus posturas, de marcado tinte anticlerical, que ahondan todavía más las diferencias.

En esta pugna se producen numerosos pronunciamientos a favor de don Carlos, perseguidos y castigados con extrema dureza. Entre ellos, el que se preparaba en Zaragoza para el 27 de febrero de 1834, de grandes

proporciones, pero descubierto y abortado de inmediato. Encabezado por el conde Penne-Villemur, en él se ven implicados buen número de militares, personas influyentes, sacerdotes y religiosos. Entre el clero se contaba don Antonio Nerín, guardarropa mayor del Hospital de Nuestra Señora de Gracia, que consiguió huir como el propio Penne-Villemur y otros muchos. Los detenidos sufrieron las más duras penas.

En este ambiente, los celos, delaciones, procesamientos por la más leve sospecha, destierros, están a la orden del día. El mismo señor arzobispo de Zaragoza, don Bernardo Francés Caballero, a quien la tropa tuvo que proteger para salvar su vida, fue obligado a salir apresuradamente hacia el destierro en Francia, del que no volvió. La misma suerte corrieron el deán Fernández de Navarrete, y otras muchas personalidades eclesiásticas y religiosas.

En este marco tiene lugar el proceso, cárcel y posterior destierro de la madre María. El primer acto de un largo calvario es su detención, el 11 de mayo de 1834, para trasladarla a la antigua cárcel de la Inquisición, destinada ahora para presos políticos, por el elevado número de ellos. El acta de la Sitiada narra el hecho muy escuetamente:

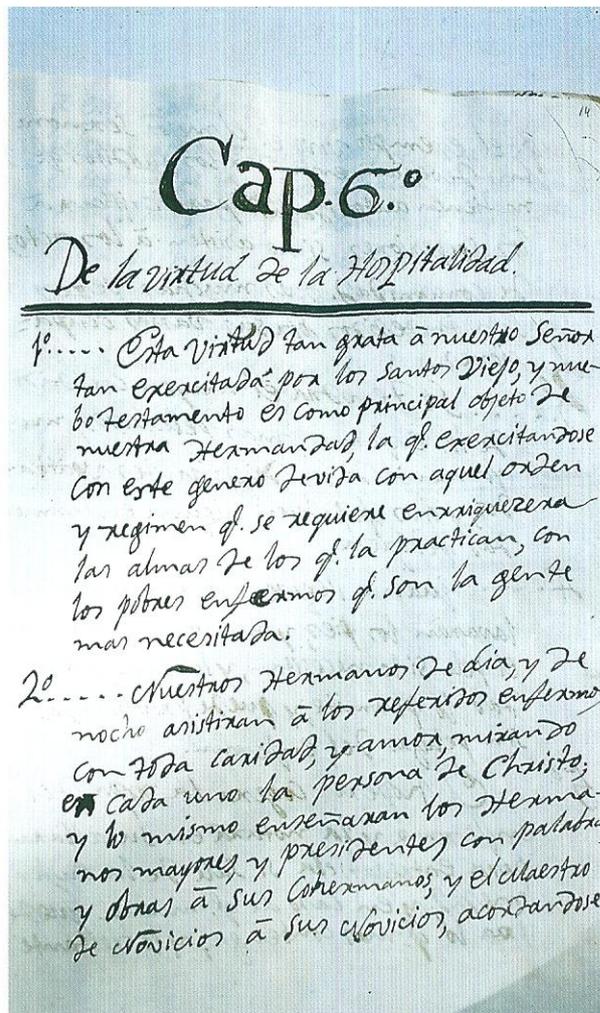
«El señor Arias hizo presente que, hallándose haciendo la visita de la tarde de ayer, 11 de los corrientes, por el señor conde de Sobradíel, regidor de semana, se presentó en el Hospital el celador del distrito de los Graneros, don Joaquín Carbonel, de orden o con comisión del Juez Fiscal de la Comisión Militar, que vive en la calle de Contamina, n.º 65, para trasladar a la madre María Rafols a las Cárceles de la Inquisición, lo que se verificó con la mayor atención del celador comisionado. De que quedó enterada la Sitiada; y el señor presidente

encargado de que se proporcione a dicha madre María todo el auxilio posible para hacerle más llevadera su penosa situación.»

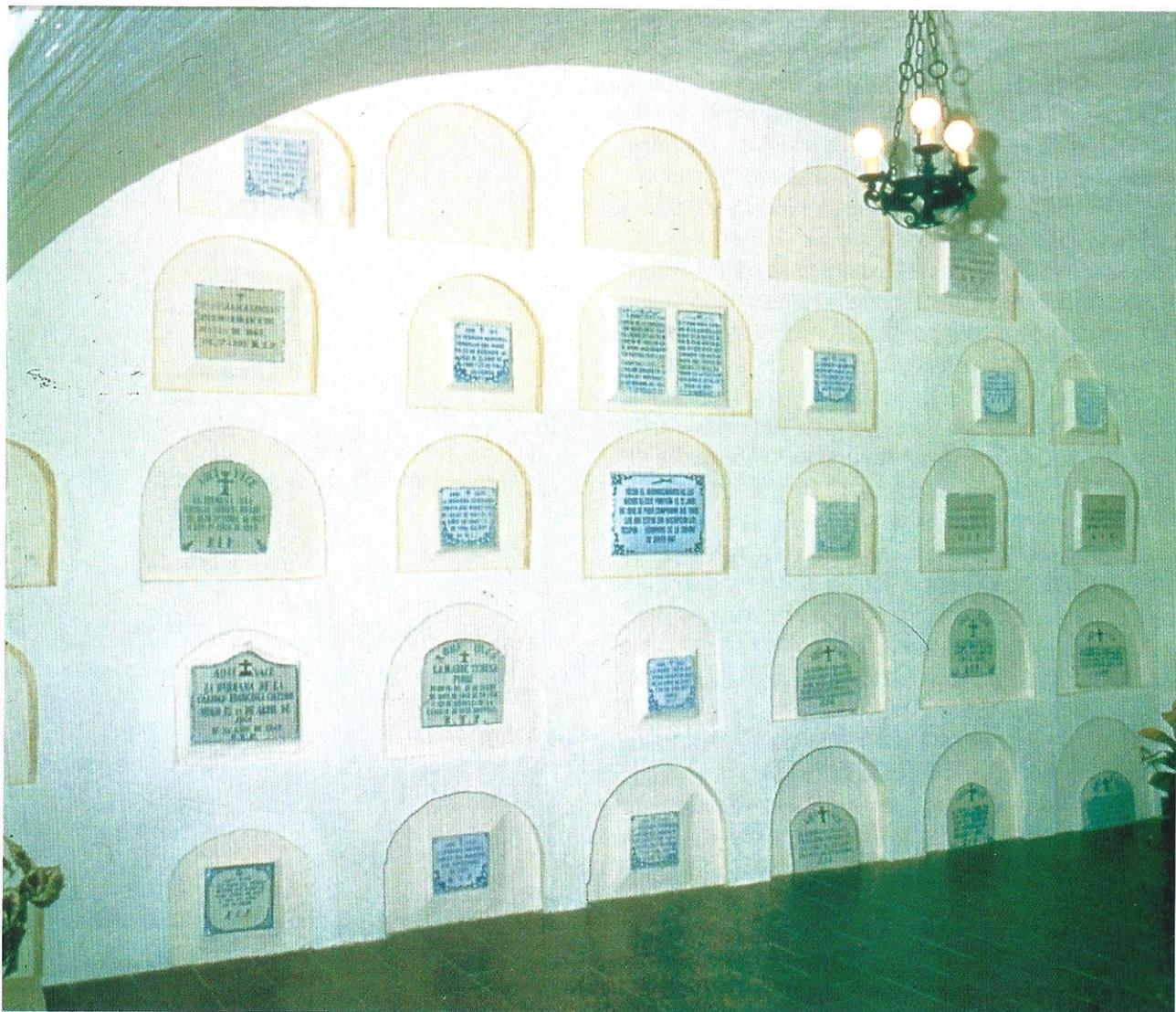
Y aquella auténtica hermana de la Caridad, que ha hecho norma de su vida el servicio y la entrega, defensora de los humildes, de los pequeños, respetada por todos, a quien los pobres acudían confiando en su acogida bondadosa, tiene que salir hacia la cárcel, en compañía del celador y, según la tradición, de dos hermanas. Allí, en medio de su amargura, se ocupa en hacer todo el bien posible a aquellas mujeres con las que ha de compartir las duras condiciones de la prisión durante dos meses.

En este proceso, su nombre aparece unido al de la condesa de Villemur. Que ésta haya sido detenida se explica por el hecho de que su esposo, jefe de la planeada conspiración, había huido. Pero la madre Rafols ¿qué tenía que ver en ella? ¿Quizá pudo acoger y amparar a esta señora al huir el conde? La tradición ha transmitido el recuerdo de que la madre María había sido procesada por su mucha caridad, por haber ocultado, en ocasión crítica de grave peligro, a alguna persona perseguida. Así lo afirma en 1908 don Marceliano Casado, director de la Congregación, en el Congreso Histórico Internacional de la Guerra de la Independencia:

«En uno de aquellos frecuentes trastornos por los que pasó España en la primera mitad del siglo pasado, refugiáronse en el Hospital, pidiendo amparo a su superiora, algunos vecinos que eran objeto de una especial persecución por parte de sus enemigos; y la madre Rafols atenta sólo a hacer el bien sin distinguir entre blancos y negros, como ordena la caridad cristiana, ocultó a aquellos de las pesquisas de sus perseguidores, librándoles así de una muerte segura.»



Las hermanas de la Caridad hacen voto de hospitalidad para servir preferentemente a los más pobres y desamparados



Nueve hermanas jóvenes dejan la vida en el surco. La semilla no tarda en florecer

También había transmitido la tradición que el pretexto alegado para su detención había sido una plancha de plomo que la madre utilizaba para cortar flores de papel o tela, lo que no parecía tener explicación lógica. Hoy, en documentos encontrados sobre la causa en el Archivo Histórico Nacional, se ha confirmado tan peregrina versión. Se trata de las declaraciones de dos implicados en la conspiración del 27 de febrero en Zaragoza. En ellas hablan de que en las habitaciones de don Antonio Nerín, en el hospital, se fabricaban balas y cartuchos y la madre María le había entregado para este fin **una gran plancha de plomo.**

La misma madre María, en una exposición a la Sitiada desde su destierro en Huesca, hablará de ese misterioso plomo cuya finalidad no puede ser más inocente.

«Reduciéndose todos los cargos a una plancha de plomo que se supuso había dado a mosén Nerín; el resultado fue que esta plancha de plomo se encontró en su cuarto, y que no tenía ningún misterio, pues se vio era la que tenía la exponente para recortar flores de mano.»

Esa plancha, que la Congregación guarda como preciosa reliquia, conserva las huellas de muchas flores cortadas por unas manos bienhechoras, para adornar el altar del Señor.

Dos meses permanece en la cárcel la madre María, lo mismo que la condesa de Penne-Villemur, de la que salen con fianza. Esta última huye de Zaragoza. La madre María permanece serena, en sus tareas de siempre en la Inclusa, esperando la sentencia que llegará un año más tarde. Sorprendentemente, tras declararla inocente, se la obliga a salir de Zaragoza. Así lo expresa el acta de la Sitiada del 10 de abril de 1835:

El señor Arias, regidor de semana, hizo presente habersele informado que habiéndose visto por la Real Sala del Crimen la causa en que se inculpó a la madre María Rafols, aunque no se le ha hallado complicidad alguna, se le ha destinado al pueblo de su naturaleza, bien que trata de recurrir al tribunal en razón de hallarse enferma. Y atendiendo la Sitiada a los buenos servicios que dicha madre María ha prestado por más de treinta años en esta casa, y considerándola sin recursos para su subsistencia: acordó que en el caso de tener efecto su salida se le contribuya con 400 reales vellón para gastos de viaje, y 6 reales vellón diarios durante su ausencia de este santo Hospital.»

Sólo el ambiente enrarecido de violencia y de odio puede justificar una medida tan contradictoria. Es inocente, por tanto ha sufrido injustamente la cárcel, la humillación, la calumnia... y se la destina **al pueblo de su naturaleza**, Villafranca del Panadés. Tiene que dejar su comunidad, sus niños... Es el despojo total. Estas órdenes eran tajantes y de ejecución inmediata. Providencialmente la madre María se encuentra más enferma que de costumbre. ¡Han sido tantos los golpes y tan duro el final! Bajo certificado médico se le conceden quince días para reponerse, pero antes de cumplirse éstos saldrá para Huesca, a la comunidad hermana del Hospital de Nuestra Señora de la Esperanza, a donde había conseguido cambiar el punto de destino.

El 12 de mayo llega la madre María a Huesca. Aquellas hermanas, a las que siete años antes había ido a visitar con permiso de la Sitiada, la recibieron con cariño e hicieron todo lo posible por hacer más llevadera su situación. Había llegado enferma y el hospital la atendía en lo necesario, contando con la pensión de seis reales que se le había señalado. Pero en la Junta del

hospital de Zaragoza se nombran regidores nuevos, que llegan con deseos de poner orden en todo, empezando por la economía. Y al revisar el asunto de la madre María disponen, el 25 de enero de 1836, **que, por ahora, suspendan el pago del señalamiento que se le hizo.** Se encuentran con un gasto al que ellos no se habían comprometido, lo consideran gravoso para el hospital cargado de deudas, como siempre, y no dudan en borrar de un plumazo esa módica pensión que le había asignado la Sitiada, en atención a **sus buenos servicios**, de más de treinta años.

Un nuevo dolor para la madre María, al ver incumplida la promesa con aquel hospital de Huesca, mucho más pobre aún que el de Zaragoza. Las hermanas compartían con ella, en su pobreza, todo lo que tenían. Pero la administración reclamaba justamente lo suyo y ella tiene que humillarse a suplicar a la Sitiada restituya la ayuda prometida. Consigue le concedan la pensión reducida a la mitad.

Un año después de su salida, se ha fundado en Zaragoza la Asociación de Damas de la Inclusa que, en junio de 1836, pide a la Sitiada el regreso de la madre María, en estos términos:

Necesitándose una persona que se dedique únicamente al cuidado y bienestar de los niños, y estando cerciorada la Asociación de la aptitud y conocimientos de la madre María Rafols, espera que la Sitiada tendrá a bien manifestar si tendrá inconveniente de pedir al Tribunal que corresponda el regreso a este Hospital de dicha Hermana.»

Su ausencia había dejado un hueco difícil de llenar. Empiezan los problemas de personal, los cambios continuos, incluso de hermanas. Cuatro de éstas pasarán por la Inclusa durante su ausencia de seis años. Dos se-

rán retiradas a petición de la Asociación de Damas y otra se retirará voluntariamente. La madre María por su caridad y paciencia sin límites, irradiaba paz, bienestar y alegría.

La llamada de las damas no es atendida y la madre María continúa con sus hermanas de Huesca hasta que, terminada la guerra carlista, llega el momento de volver a su querido hospital de Zaragoza. Ella misma lo solicita a la Junta de Beneficencia que ha sustituido a la Sitiada. La Junta accede a esta petición y escribe a la de Huesca notificándoselo. Esta contesta diciendo que **el buen porte que ha tenido durante su larga permanencia en este hospital la hacen acreedora a todas las atenciones de ustedes.**

A este testimonio de la Junta de Huesca, de más valor por tratarse de un documento oficial y no dirigido a ella, se suman los testimonios de hermanas que vivieron muchos años en Huesca y transmitieron el recuerdo emocionado de sus virtudes que allí quedó como preciosa herencia.

El día 19 de junio de 1841, la madre María se presenta a la Junta del Hospital para agradecerle sus atenciones y ofrecer humildemente sus servicios. El acta del día lo recoge, con las palabras dirigidas a ella por uno de los miembros de la Junta: **lo persuadida que se hallaba ésta de los buenos y largos servicios que tenía contraídos en el Establecimiento, no dudando seguiría de nuevo en éstos como anteriormente.**

EN EL ATARDECER DE LA VIDA

Muy pronto aparece la madre María otra vez junto a los niños de la Inclusa, primero como suplente de la madre Tecla Canti que estaba enferma, y luego, a peti-



Hasta en el momento de la muerte, todo nos habla de su sencillez sin límites



ción de la Asociación de Damas, como encargada. Así consta en acta de 9 de septiembre de 1842. Ahora se encuentra no sólo con las dificultades que dejó, sino con esa poderosa y exigente asociación. Ha cumplido ya sesenta años y aquella salud quebrantada a raíz de los sitios, combatida por tantos trabajos y sufrimientos, es cada vez más frágil. Pero una vez más se olvida de sí misma y se abraza a la cruz de una tarea que supera ya sus fuerzas físicas, pero nunca su caridad.

El número de expósitos sigue aumentando, como también el número de los que mueren. Preocupada la Junta, decide poner otras dos hermanas «para auxiliar a la madre María». De momento sólo ponen una y las damas reclaman otra, con el mismo objetivo: **para que auxilie a la madre María de cuyo celo está muy satisfecha esta Asociación.**

Esa alabanza en boca de aquellas señoras que han tenido constantes conflictos con las hermanas que estuvieron en su ausencia, con las amas y criadas y con la misma Junta, es prueba de la extraordinaria virtud de la madre María que, a pesar de sus años y achaques, se hace insustituible.

El momento de la jubilación llega el 30 de marzo de 1845, **en atención a su avanzada edad**, siendo sustituida por la hermana Teresa Perió que en enero de ese mismo año había cesado como presidenta. La madre María recibe la jubilación con la misma paz y serena obediencia con que tres años después, sorprendentemente, recibirá la de volver otra vez al frente de la Inclusa, cuando la hermana Perió es elegida de nuevo presidenta. La hermana Josefa Codina, que la había sustituido, es cesada a los tres meses y en su lugar se pone «provisionalmente» a la madre María el 20 de agosto de 1848.

Hacia falta mucha humildad, un corazón muy grande, para no ver razones de conveniencia en estas órdenes. Pero el amor a los niños, en los que ha volcado durante tantos años toda su ternura, está por encima de todo. Una vez más la madre María resulta difícilmente sustituible.

Al año siguiente de esa reincorporación provisional, se dispone que la madre María continúe a cargo de la Inclusa, con una hermana subdirectora. La Junta se da cuenta de que ya las fuerzas le van faltando, pero no quiere prescindir de su benéfica presencia en la Inclusa y hace todo lo posible por mantenerla. El último documento en que aparece su nombre como encargada de ese departamento es un recibo de mayo de 1850 para el pago de amas y sirvientas.

Una parálisis progresiva la incapacita poco a poco para toda actividad. Ella verá salir del hospital el departamento donde se ha gastado hasta el límite de sus fuerzas. El 29 de mayo de ese mismo año, son trasladados los niños a la Casa de Misericordia. Atrás quedan los años difíciles, de penuria, en que ella tanto se esforzó a base de limosnas y sacrificio personal por llegar a las necesidades de los niños. Pero sólo Dios es capaz de valorar todo el caudal de abnegación, paciencia, caridad, que la madre había derrochado en su larga vida dedicada a esos niños sin hogar.

Cuando ya la enfermedad la retiene en la cama, las hermanas acuden a su lado para contarle las incidencias del día y recibir lecciones de profunda sabiduría acumulada en su vida de entrega al AMOR.

Su vida se extingue sencilla, silenciosamente, amando y sonriendo. Así dicen las que fueron testigos de esos momentos decisivos:



«De los últimos momentos de su vida poco puede decirse, porque horas antes de morir se le privó el habla. Sólo observaron que, momentos antes de expirar miró a todas con mucho cariño y sonriente, entregando con gran paz su alma al Señor.»

Era el 30 de agosto de 1853, cuando estaba próxima a cumplir setenta y dos años y cuarenta y nueve de vida religiosa entre los muros de aquella «Casa de los enfermos de la ciudad y del mundo». Dejaba a sus hijas la preciosa herencia de un carisma de caridad heroica que ella había vivido, defendido con tesón y enseñado con el ejemplo de su vida.

Pocos años después, en 1857, la pequeña hermandad empezará a crecer y extenderse. Ocasión providencial fue la epidemia de cólera que asoló a España en 1855. El comportamiento heroico de las Hermanas de la Caridad, tanto dentro como fuera del hospital, despertó la admiración de todos y el gobernador civil de

Zaragoza, señor Cardero, solicita del Gobierno de Su Majestad el permiso para fundar en los pueblos de la provincia que las reclaman para sus hospitales y hospicios. El carisma estaba vivo e iba rompiendo fronteras. La madre Rafols veía desde el cielo la realización de sus deseos. El grano de trigo que muere en el silencio de la noche siempre da fruto.

En 1908, centenario de los sitios de Zaragoza, la ciudad recuerda las hazañas de sus héroes más ilustres. Entre los muchos que destacan por sus hechos en defensa de la ciudad sitiada, María Rafols destaca por el heroísmo de su caridad. Y Zaragoza le concede el título más bello: HEROINA DE LA CARIDAD. El padre Juan Bonal será también declarado HEROE DE LA CARIDAD.

Hoy, siguiendo sus pasos, cerca de 3.000 Hermanas de la Caridad de Santa Ana sirven al hombre, con preferencia al más pobre y necesitado con una CARIDAD SIN FRONTERAS.



Con honores de capitán general,
los restos mortales de la heroína
son trasladados a la iglesia
de la Casa General

